

gles, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embarco, empeñándose una accion reñida y porfiada.

Disponiéndose á ella, en la noche anterior habia colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de once cañones, en que apoyaba su izquierda ocupada por la division del general Mermet, guardando el centro y la derecha con las suyas respectivas los generales Merle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelavca de abajo. La caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hácia San Cristobal y camino de Bergantiños: el total de fuerza ascendia á unos 20,000 hombres.

Era la de los ingleses de unos 16,000 que estaban apostados en el monte Mero, desde la ría del mismo nombre, hasta el pueblo de Elviña. Por este lado se extendían las tropas de Sir David Baird, y por el opuesto que atraviesa el camino real de Betanzos las de sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detras en los puntos mas elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva mandada por Lord Paget estaba á retaguardia del centro de Eyrís, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corria entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Mas inmediato á la Coruña y por el camino de Bergantiños se habia colocado con su

Batalla de la
Coruña.

division el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trabóse la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el frances con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierros de los heredades impedían á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses al principio desalojaron de Elviña á las tropas ligeras de sus contrarios; mas yendo adelante fueron detenidos y rechazados, si bien á costa de mucha sangre. La pelea se encarnizó en toda la línea. Fué gravemente herido el general Baird y Sir Juan Moore que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era mas reñido que en las otras partes: recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido, incorporóse, y registrando con serenidad el campo, confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Solo entonces permitió que se le recogiese á parage mas seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fué enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses, no pudiendo romper la derecha de los ingleses, trataron de envolverla. Descubierto su intento, avanzó Lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragones de la Houssaye, que habian echado pié á tierra, contuvo á los demas, y aun se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de once cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea;

*

y á no haber sobrevenido la noche, quizá la situacion del mariscal Soult hubiera llegado á ser crítica, escaseando ya en su campo las municiones; mas los ingleses contentos con lo obrado, tornaron á su primera posicion, queriendo embarcarse bajo el amparo de la obscuridad. Fué su pérdida de 800 hombres: asegúrase haber sido mayor la de los franceses. El general Hope, en quien habia recaído el mando en jefe, creyó prudente no separarse de la resolucion tomada por Sir Juan Moore, y entrada la noche ordenó que todo su ejército se embarcase, protegiendo la operacion los generales Hill y Beresford.

Embárcanse los ingleses.

En la mañana siguiente viendo los franceses que estaba abandonado el monte Mero, y que sus contrarios les dejaban la tierra libre, acogiéndose á su preferido elemento, se adelantaron, y desde la altura de San Diego con cañones de grueso calibre, de que se habian apoderado en la de las Angustias de Betanzos, empezaron á hacer fuego á los barcos de la bahía. Algunos picaron los cables, y se quemaron otros que con la precipitacion habian varado. Los moradores de la Coruña no solo ayudaron á los ingleses en su embarco con desinteresado celo, sino que tambien les guardaron fidelidad no entregando inmediatamente la plaza. Noble ejemplo, rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados de los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda. Así terminó la retirada del general Moore, censurada de algunos de sus propios compatriotas, y

defendida y aun alabada de otros. Dejando á ellos y á los militares el exámen y crítica de esta campaña, pensamos que sirvió de mucho para la gloria y buen nombre del general Moore la casualidad de haber tenido que pelear ántes de que sus tropas se embarcasen, y tambien acabar sus dias honrosamente en el campo de batalla. Por lo demas, si un ejército veterano y disciplinado como el ingles, provisto de cuantiosos recursos, empezó ántes de combatir una retirada, en cuya marcha hubo tanto desórden, tanto estrago, tantos escándalos, ¿quién podrá extrañar que en las de los españoles, ejecutadas despues de haber lidiado, y con soldados bisonos, escasos de todo y en su propio pais, hubiese dispersiones y desconciertos? No decimos esto en menoscabo de la gloria británica; pero sí en reparacion de la nuestra, tan vilipendiada por ciertos escritores ingleses de los mismos que se hallaron en tan funesta campaña.

Dificil era que despues de semejante suceso resistiese la Coruña largo tiempo. El recinto de la plaza solo la ponía al abrigo de un rebate; mas ni sus baterías, ni sus murallas estaban reparadas, ni eran de suyo bastante fuertes. No haber mejorado á tiempo sus obras, pendió en parte del descuido que nos es natural, y tambien de la confianza que con su llegada dieron los ingleses. Era gobernador Don Antonio Alcedo, y el 19 capituló. Entró el 20 en la plaza el mariscal Soult, y puso autoridades de su bando. Dispersóse la junta del reino, y la audiencia, el

Entrega de la Coruña.

Del Ferrol.

gobernador y los otros cuerpos militares, civiles y eclesiásticos prestaron homenaje al nuevo rey José.

No tardó Soult en volver los ojos al Ferrol, y ya el 22 empezaron á aproximarse á la plaza partidas avanzadas de su ejército. Aquel arsenal, primero de la marina española, era inatacable del lado de mar, de donde solo se puede entrar con un viento y por boca larga y estrecha: no estaba por tierra tan bien fortalecido. Hallábase el pueblo con ánimo levantado, sosteniéndole unos 300 soldados que habian llegado el 20. Era comandante del departamento Don Francisco Melgarejo, anciano é irresoluto, y comandante de tierra Don Joaquin Fidalgo. No se habia tomado medida alguna de defensa, ni tenido la precaucion de poner á salvo los buques de guerra allí fondeados. Dichos gefes y la junta peculiar del pueblo desde luego se inclinaron á capitular; mas no osando declararse, tuvieron que responder con la negativa á la reiterada intimacion de los franceses. Al fin el 26 habiendo estos descubierto algunas obras de batería, y apoderándose de los castillos de Palma y San Martin, pudieron las autoridades prevalecer en su opinion, y capitularon, entrando el 27 de mañana en el Ferrol el general Mermet. Fueron los términos de la rendicion los mismos de la Coruña, y por los que sometiéndose á reconocer á José, solo se añadieron algunos artículos respecto de pagas, y de que no se obligase á nadie á servir contra sus compatriotas. Don Pedro Obregon, preso desde el levantamiento de mayo,

fué nombrado comandante del departamento, en cuya dársena, entre buenos y malos, habia siete navíos, tres fragatas y otros buques menores.

Que estas plazas se hubiesen rendido visto su mal estado y el desmayo que causó el embarco de los ingleses, cosa natural era; pero no que en una capitulacion militar se estipulase el reconocimiento de José, ejemplo no dado todavía por las otras partes del reino, ni por la capital de la monarquía, de donde provino que las mencionadas capitulaciones excitaron la indignacion de la junta central, que fulminó contra sus autores una declaracion talvez demasidamente severa.

Aterrada Galicia con la pérdida de sus dos principales plazas, y sobre todo con la retirada de los ingleses, apenas dió por algun tiempo señales de vida. Hubo pocos pueblos que hiciesen demostracion de resistir, y los que lo intentaron fueron luego entrados por el vencedor. A todas partes cundió el desaliento y la tristeza. Solo en pié y en un rincón quedó Romana con escasos soldados. Los franceses no le habian en un principio molestado; pero posteriormente, yendo en su busca el general Marchand, trató de atacarle en el punto de Bibey. Replegóse á Orense el general español: persiguióle el frances, hasta que continuando aquel hácia Portugal, desistió el último de su intento, pasando poco despues á Santiago, en donde habia entrado el 3 de febrero el mariscal Soult sin tropiezo y camino de Tuy.

Estado de Galicia.

Paradero de Romana.

El marques de la Romana, luego que salió de Orense, estableció su cuartel general en Villaza, cerca de Monterey, trasladándose despues á Ombra. En los últimos dias de enero celebró en el primer pueblo una junta militar para determinar lo mas conveniente, hallándose con pocas fuerzas, sin recursos, y los ingleses ya embarcados. Opinaron unos por ir á Ciudad-Rodrigo, otros por encaminarse á Tuy; prevaleciendo el dictámen que fué mas acertado de no alejarse del pais que pisaban, ni de la frontera de Portugal.

Sucedo á Soult el mariscal Ney.

Miéntras tanto tomó el mando de Galicia el mariscal Ney, en lugar de Soult, que moviéndose del lado de Tuy, segun hemos indicado, se preparaba á internarse en Portugal. Ocuparon fuerzas francesas las principales ciudades de Galicia, y tranquila esta por entónces, puso tambien Ney su atencion del lado de Asturias, cuyo territorio afortunadamente habia quedado libre en medio de tan general desdicha. Mas adelante hablaremos de lo que ocurrió en aquella provincia. Instanos ahora volver la vista á Napoleon, á quien dejamos en Astorga.

Vuelta de Napoleon á Valladolid.

Descansó allí dos dias, hospedándose en casa del obispo, á quien trató sin miramiento. Y desasosegado con noticias que habia recibido de Austria, no creyendo ya necesario prolongar su estancia, vista la priesa con que los ingleses se retiraban, volvió atras y se dirigió á Valladolid, en cuya ciudad entró en la tarde del 6 de enero.

Alojóse en el palacio real, y al instante mandó

venir á su presencia al ayuntamiento, á los preladados de los conventos, al cabildo eclesiástico y á las demas autoridades. Quería imponer ejemplar castigo por las muertes de algunos franceses asesinados, y sobre todo por la de dos, cuyos cadáveres fueron descubiertos en un pozo del convento de San Pablo de dominicos. Iba al frente de los llamados el ayuntamiento, corporacion de repente formada en ausencia de los antiguos regidores, que los mas habian huido despues de la rota de Burgos. Procurando dicho cuerpo mantener orden en la ciudad, habia preservado de la muerte á varios extraviados del ejército enemigo, y puéstolos con resguardo en el monasterio de S. Benito, motivo por el que ántes merecia atento trato del extranjero que amargas reconvenções. Sin embargo, el emperador frances recibióle con rostro entenebrecido, y le habló en tono áspero y descompuesto, echándole en cara los asesinatos cometidos. De los presentes se atemorizaron con sus amenazas aun los mas serenos, y el que servia de intérprete no acertando á expresarse impacientó á Napoleon, que con enfado le mandó salir del aposento donde estaba, llamando á otro que desempeñase mejor su oficio. No ménos alterado prosiguió en su discurso el altivo conquistador, usando de palabras impropias de su dignidad, hasta que al cabo despidió á las corporaciones españolas, repitiendo nuevas y terribles amenazas.

Triste y pensativo volvía el ayuntamiento á su morada, cuando algunos de sus individuos, querien-

Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades.

Angustias de l ayuntamiento de Valladolid

do echar por un rodeo para evitar el encuentro de tropas que obstruían el paso, un piquete frances de caballería que de léjos los observaba, intimóles que iban presos, y que así fuesen por el camino mas recto. Restituidos todos á las casas consistoriales, entró á poco por aquellas puertas un emisario del emperador con orden que este le habia dado, teniendo el reloj en la mano, de que si para las doce de la noche no se le pasaba la lista de los que habian asesinado á los franceses, haria ahorcar de los balcones del ayuntamiento á cinco de sus individuos. Sin intimidarse con el injusto y bárbaro requerimiento, reportados y con esfuerzo respondieron los regidores que ántes perecerian siendo víctimas de su inocencia, que indicar á tientas y sin conocimiento personas que no creyesen culpables.

A las nueve de la noche presentóse tambien, repitiendo á nombre del emperador la anterior amenaza, Don José de Hervás, el mismo que en el abril de 1808 habia acompañado á Madrid al general Savary, y quien como español se hizo mas fácilmente cargo de las razones que asistian al ayuntamiento. Sin embargo, manifestó á sus individuos que corrían grave peligro, mostrándose Napoleon muy airado. No por eso dejaron aquellos de permanecer firmes y resueltos á sufrir la pena que arbitrariamente se les quisiera imponer. Sacóles luego del ahogo, y por fortuna para ellos, un tal Chamochin, de oficio procurador del número, el cual habiendo sido en tan tristes dias nombrado corre-

gidor interino, quiso congraciarse con el invasor de su patria delatando como motor de los asesinatos á un adobador de pieles llamado Domingo, que vivia en la plaza mayor. Por desgracia de este encontráronse en su casa ropa y otras prendas de franceses, ya porque en realidad fuera culpado, ó ya mas bien, según se creyó, por haber dichos efectos llegado casualmente á sus manos. Fué preso Domingo con dos de sus criados, y condenados los tres á la pena de horca. Ajusticiaron á los últimos perdonando Napoleon al primero, mas digno de muerte que los otros si habia delito. Llegó el perdón estando Domingo al pié del patíbulo: le obtuvo á ruego de personas respetables, del mencionado Hervás, y sobre todo, movidos varios generales de las lágrimas y clamores de la esposa del sentenciado, en extremo bella y de familia honrada de la ciudad. Tambien contribuyeron á ello los benedictinos, de quienes Napoleon hacia gran caso, recordando la celebridad de los antiguos y doctos de la congregacion de San Mauro de Francia. No así de los dominicos, cuyo convento de San Pablo suprimió en castigo de los franceses que en él se habian encontrado muertos.

Mas en tanto otros cuidados de mayor gravedad llamaban la atención de Napoleon. En su camino á Astorga habia recibido un correo con aviso de que el Austria se armaba: novedad impensada y de tal entidad, que le impelia á volver prontamente á Francia. Así lo decidió en su pensamiento; mas pa-

Saplicio de algunos españoles, y prision de uno de ellos

Temores de guerra con Austria. Preparaase Napoleon á volver á Francia.

róse en Valladolid diez dias, queriendo ántes asegurarse de que los ingleses proseguian en su retirada, y tambien tomar acerca del gobierno de España una determinacion definitiva. Cierta de lo primero, apresuróse á concluir lo segundo. Para ello hizo venir á Valladolid los diputados del ayuntamiento de Madrid, y de los tribunales que le fueron presentados el 16 de enero. Traian consigo el expediente de las firmas de los libros de asiento que se abrieron en la capital, á fin de reconocer y jurar á José: condic:ion que para restablecer á este en el trono habia puesto Napoleon, pareciéndole fuerte abracijo, lo que no era sino forzada ceremonia. Recibió el emperador frances con particular agasajo á los diputados españoles, y les dijo, que accediendo á sus súplicas, verificaria José dentro de pocos dias su entrada en Madrid.

Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid.

Opinion é intentos de Napoleon sobre España.

Dudaron entónces algunos que Napoleon se hubiera resuelto á reponer á su hermano en el sólio, si no se hubiese visto amenazado de guerra con Austria. En prueba de ello alegaban el haber solo dejado á José, despues de la toma de Madrid, el título de su lugar-teniente, y tambien el haber en todo obrado por sí y procedido como conquistador. No deja de fortalecer dicho juicio la conversacion que el emperador tuvo en Valladolid con el ex-arzobispo de Malinas, Mr. de Pradt. Habia este acompañado desde Madrid á los diputados españoles, y Napoleon ántes de verlos, deseoso de saber lo que opinaban y lo que en la capital bcurria, mandó á aquel

prelado que fuese á hablarle. Por largo espacio platicaron ambos sobre la situacion de la Península, y entre otras cosas dijo Napoleon: ' „No conocia „yo á España: es un pais mas hermoso de lo que „pensaba. Buen regalo he hecho á mi hermano, pe- „ro los españoles harán con sus locuras que su pais „vuelva á ser mio: en tal caso le dividiré en cinco „grandes vireinatos.” Continué así discurriendo é insistió con particularidad en lo útil que seria para Francia el agregar á su territorio el de España. Intento que sin duda estorbó por entónces el nublado que amagaba del norte, temeroso del cual partió para Paris el 17 de enero, de noche y repentinamente, haciendo la travesía de Valladolid á Burgos á caballo y con pasmosa celeridad.

(1 Ap. n. 2.)

Parte para Francia.

En el intervalo que medió desde principios de diciembre hasta últimos de enero, disgustado José con el título de lugar-teniente se albergaba en el Pardo, no queriendo ir á Madrid hasta que pudiese entrar como rey. Sin embargo, esperanzado en los primeros dias del año de volver á empuñar el cetro, pasó á Aranjuez y revistó allí el primer cuerpo mandado por el mariscal Victor, y con el cual, procedente de Toledo, se pensaba atacar al ejército del centro, cuyas reliquias rehechas algo en Cuenca, se habian en parte aproximado al Tajo.

José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez.

El inesperado movimiento de los españoles era hijo de falsas noticias y del clamor de los pueblos, que expuestos al pillage y extorsiones del enemigo, acusaban á nuestros generales de mantenerse es-

Movimiento del ejército español del centro. Planes de su jefe el duque del Infantado.

pectadores tranquilos de los males que los agobian. Para acudir al remedio y acallar la voz pública, había el duque del Infantado, gefe de aquel ejército, imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinacion.

Por fin, decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1500 caballos enemigos que corrian la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo Don Francisco Javier Venegas, que mandaba la vanguardia compuesta de 4000 infantes y 800 caballos, y al brigadier Don Antonio Senra, con otra division de igual fuerza. Debía el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenia el enemigo, ántes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez, teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete: disculpa que no admitió el general en gefe por haber ya contado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Venegas por su parte situado en Uclés, determinó atacar en la noche del 24 al 25 de diciembre á los franceses de Tarancon. El número de éstos se reducía á 800 dragones. Distribuyó el general español su gente en dos columnas: una al mando de Don

Ataque de
Tarancon.

Pedro Agustin Giron debía amenazar por su frente al enemigo, otra capitaneada por el mismo general en persona y mas numerosa, había de interponerse en el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entré dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla: lo cual retardó la marcha de Venegas, y fué causa del extravío de casi toda su caballería. Giron, aunque salió mas tarde, llegó sin tropiezo al punto que se le había señalado, ya por ser mejor y mas corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huian del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venegas, y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido esta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallón de guardias españolas, y otro de tiradores de España, puestos ya en columna, no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza, extraviada en el camino, no llegó hasta despues: y entónces su gefe, Don Rafael Zambrano, desistió de todo perseguiimiento por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La pér-